

841-JUN

E0046199-II
F-4726

861
V427

Marta del Quintana

EPISTOLA A MAURA.



QUITO.

Imprenta y Litografía de "La Novedad"

1891.

"¡Ah!, cuantas veces el delito lleva
Del ínclito poder á la alta cumbre,
Como del fondo de la mar eleva
Al cadáver su misma podredumbre."

LÁRMIG.

EPISTOLA

A

MAURA

¿Eres tú, dí, la púdica doncella
De plácido mirar y bello rostro
Al que ascendía en róseos arreboles
El tinte del rubor si una palabra
Llegaba á sus oídos que no fuese
Grata á la castidad que en ese tiempo
Siempre te acompañó? Tu mano entonces,
Tu 'breve mano con sutil aguja,
Ágil en blanca tela iba formando
Canastillos de pámpanos y flores;
O bien ibas al templo, allí de hincjos,
Baja la vista en ademán humilde,
Elevabas tus preses al Dios vivo,
Sin que á un Mefistofeles dable fuera
Tu conciencia turbar, que sosegada,
Cual cristalino y transparente lago,
Al abrigo del viento, no revuelta

Era en olas gigantes por recuerdos
De crímenes ó faltas vergonzosas.
Tal eras tú; mas hoy; cuán apartada,
Cuán diferente estás de lo que fuiste!
Cara lívida, enjuta, embadurnada
Con afeite de Lenclos y albayaide,
Torvo mirar, visajes de bacante,
Marchitos labios, dientes tan pulidos
Que á veinte millas gritan ser reemplazos
De los de ayer, negruzcos y gastados
Del continuo crugir en los accesos
De sobervia infernal ó fiera envidia.

Eres liviana, alegre y obsequiosa
Con quienes, ó de burla ó mal intento,
Te apellidan Julieta ó Fornarina,
A la par que Judith, Aspasia y Sapho.
Mas ;Ay de los varones que no doblan
La rodilla al mirarte, y se sonríen
Al ver el necio afán con que te adoras,
Teniéndote á tí misma por dechado
De belleza, de ingenio y de bravura!
Acude entonces á tu impuro labio
La hiel del corazón y, ardiendo en ira,
A torrentes sobre ellos la derramas;
Tu pecho es un volcán en que rebosa
El lodo inmundo de la audaz mentira,
Y de su seno surgen los vapores
De la calumnia vil con gran estruendo
A condensarse en asquerosa tinta,

En la que empapa Mesaguino el mozo,
A nombre tuyo, la menguada pluma,
Rendida á discreción á tus favores.
¡Tan grande es tu deshonor! De Susana
En Alais convertida vas rodando
Por rápida pendiente al negro abismo
En que se hundió insensata Mesalina.
Mas ¡cuál la causa fué de tal mudanza?
¡Qué fuerza oculta y misteriosa pudo
De una virgen hacer vulgar Hetaira
O bien de un serafín, la cuarta Furia?
Funesta vanidad, como el aliento
De asoladora peste el aire puro
Que la vida nos dá torna en veneno
Y hace de las ciudades cementerios,
Del propio modo tú maligna tornas
El bien en mal, la santidad en crimen,
Lo sublime en ridículo, y la gloria
En locura infernal y eterna infamia.
Y en este torbellino desastroso,
Que todo lo revuelve y descompone,
Envuelta, oh Maura, tú también has sido,
Y arrebatada vas por las arenas
De este mísero valle en que vivimos,
Cual bello lirio en brizna polvorienta
Trocado al fin, y con la vil maleza
Y el punzador abrojo confundido.
Con Ignaro el traidor que escaló el solio
Hollandando leyes, juramento y honra

Lazos de sangre te unen que explotaste
Cual otra Fausta, aunque él no fué otro Crispo,
Si no miente la fama, y desde entonces,
Perdida la razón, te creiste Reina
Y absoluta Señora de esta tierra
Que no te vió nacer, por dicha suya.

Si ese oso de Numidia, hambriento, inerte
Que de la cara libertad preciosa
En el árbol bendito encaramado,
Sus deleitables frutos devoraba,
Y de sus bellas flores y áureas hojas
En despojarle y desgarrar sus ramos,
Sumiso á tu querer, se entretenía;
Si empinado en dos pies hasta bailaba
Al mandárselo tú, y de hito en hito
Mirándote la cara, hacía muecas,
Te enseñaba en sus fauces sanguinosas
El amarillo andamio de sus dientes,
Y en lascivos meneos agitando
La espesa cola, cual sagaz faldero,
Su amor y su obediencia te probaba,
Con tu mágica vara bien pudiste
Mudarle en un frisón que condujese,
Guiado por la diestra bienhechora
De la justicia, en carro esplendoroso
A la Patria querida por la senda
Del progreso y del bien á la ventura.
Mas no eras ya la que antes habías sido;

Osada sacudiste el dulce yugo
De la excelsa virtud; en pos del vicio
Frenética corriste, le alcanzaste,
Con él viviste en torpe maridaje,
Y al infame rebelde que, aherrojando
A la patria infeliz, cubriole el rostro
De salivas inmundas, instrumento
De tu avaricia y liviandad hiciste.
¡ Oh cuánto sus instintos infernales,
Para en ellos beber necios placeres,
Solicita explotabas día y noche !
Si indeciso en hacer del oro ajeno
Propio caudal por medios reprobados
Se mostraba un momento, tú, incitando
Con ardor su codicia, le decías:
Que Rey sin cetro de oro es Rey de burla;
Que el poder sin riqueza es fuego fatuo
Que brilla y al instante desaparece,
En medio á las tinieblas del olvido;
Que es ave ciega, de pesado vuelo
Que al encumbrarse, de la altura cae,
Herida por las flechas del sarcasmo,
De la ignominia en el espeso lodo.

A estas razones el traidor se alienta,
Y cual bridón que en rápida carrera,
Por el duro acicate aguijoneado,
Hora tras hora va por el desierto
Nubes de polvo en torno levantando,

Y al fin rendido á la fatiga párase;
Y, libre ya de silla y de ginete,
Jadeante, tembloroso, cabizbajo,
Tristes los ojos, lánguidos, nublados,
Devorado de sed con ansia acude
A hediondo charco, y revolviendo el limo
Con los sonantes cascacos, se doblega;
El cuello estira, y hacia atrás echando
Ambas orejas de sudor bañadas,
Los secos labios en el fango hundidos,
El agua turbia á sorbos rumorosos
Bobo por largo tiempo, se retira,
Y luego avanza y otra vez repite
La fatigosa faena: así el rebelde,
Abraçado de sed de plata y oro,
En el fango del crimen los dineros
Que del pueblo el sudor representaban
Anhelooso absorvía; y sin saciarse,
A tiros de trabuco violentando
La cerradura de las ferreas arcas
En que la industria asegurado había
El fruto de su afán y sus desvelos,
Excuetas las dejaba; ¡ Y tú aplaudías,
Oh Maura, estos ultrajes sin ejemplo,
Hechos ante la luz del meridiano,
Con el desearo infame del bandido,
Al ajeno trabajo, á la justicia
Y á la sagrada ley que con su egida
Ampara generosa los derechos
Que el Supremo Hacedor á los mortales

Benigno concedió desde el principio.

Pero ; Qué más ? oscila en occidente
El sol ya desmayado en lecho de oro,
De púrpura y zafir; se esconde luego
Tras las sobervias moles de los Andes,
Y la callada noche desde lo alto
Su tenebroso pabellón descuelga
Sobre la haz de la tierra. Vuelve entonces,
Cargado á un tiempo de botín é infamia,
El traidor á su alcázar, y en festojo
De los robos del día ufano ofrece
A Baco y Ceres con suntuosa pompa
Espléndido banquete. Tú á su lado
Estás en áurea silla, coronada
La sien de verde yedra y fresco mirto,
Suelta la veste (porque así conviene)
De rojo terciopelo recamado
Con perlas y oro, apenas suspendida
De los hombros desnudos; mas no estabas,
Como el glotón, gozosa ni engullías,
Como él, uno tras otro los manjares
En la mesa dispuestos, ni en embudo
Se había convertido tu garganta,
Como la suya por do en grueso chorro
De su insaciable vientre á la vorágine
Bajaba todo el vino transportado
De allende el mar á costa del Erario.
Ni en la insípida charla disoluta
Que él sostenía, beodo y balbuciente,

Con los que en torno suyo le adulaban
Tenías parte alguna; silenciosa,
Abstraída y pensativa, cual si fueses
Por lúgubres ideas torturada,
Mientras todos las copas rebosantes
De espumoso licor entre mil huras
Apuraban después de necios brindis,
Mucho era si á tus labios allegabas,
La tuya sin tocarlos. Acabose
La báquica pitanza y, despedida
La tambaleante chusma, tú al momento
Al voraz anfitrión llamando aparte
Al oído le hablaste con imperio
Palabras misteriosas, y añadiste
En voz más alta, erguida la cabeza:
“¡ Y vacilas aún ! ¿ Qué te detiene?
Tú que esforzado á tu servicio el crimen
Sin trepidar pusiste, y en sus hombros
Al solio te elevaste, desdeñando
La fantasma de la honra impertinente,
Sobre lagos de sangre ecuatorial,
¿ No podrás conservar lo que adquiriste
A tanta costa con sin par denuedo ?
¡ Oh vergüenza, Señor ! dame esa espada
Y toma mis vestidos femeniles
Si blandirla rehusas en defensa
De tu hacienda y tu vida ¿ Qué es la patria
Sino tu propiedad ? ¿ Y qué sus hijos
Sino viles esclavos que hoy pretenden

Las cadenas romper que remachaste
A su altiva cerviz en las batallas ?
No pierdas un instante, empuña airado
Con ambas manos de Hércules la maza,
Y aplasta sin piedad de un solo golpe
A los insectos que luchar intentan
Con el fiero monarca de los brutos.
¿ El clero con la plebe simpatiza ?
Pues mitras y bonetes, confundidos
Con los harapos de las turbas, rueden
Por el polvo sangriento, y los prelados
Caigan sin vida al pié de los altares,
O con violencia expulsos soliciten,
Allende el mar en lágrimas bañados,
Del extranjero un pan, albergue y lumbre.
¿ La experta juventud osada esgrime
Contra tus hechos su brillante pluma ?
Pues caiga en sus espaldas el zurriago,
Rasgue su carne y destilando sangre
Repita una y mil veces su tarea,
Del insensato orgullo domadora.
¿ Murmuran de su jefe los soldados ?
Al primero reprende y vilipendia,
Acaricia y ensalza á los segundos,
Y auyenta de su pecho el amor patrio;
De la severa disciplina el yugo
Que al deber los sujeta se reemplace
Con la licencia, el desenfreno, el vicio;

Beban, lujurien, roben ó asesinen,
¿Qué te importa eso á tí? Aplaude ó calla
Si leales te son, si te defienden
A costa de su sangre en los combates.
Mas ¡Ay del que rebelde alzarse quiera
Contra tu augusto Señorío! Entonces
Rompa su seno el plomo, y pasto sea
De hambrientos perros y voraces buitres
En muladar inmundo su cadáver.
Así el soldado, fiel á su consigna,
Antes perecerá que abandonarte,
Y si él está contigo nada temas;
Mas bien dispante á desgarrar con brío
Esa maldita ley que fija término
A tu excelso poder, y te previene
Que inclines la cerviz á que otro ponga
Sobre ella el pié para subir al solio.
Vuele el orbe en pedazos, las estrellas
Desciendan al abismo antes que pienses
En pasar de Señor á ser esclavo.”

El hijo de la gula á estas palabras,
Estrechando tu talle entre sus brazos,
En la frente, los ojos y la boca
Cien y cien besos te imprimió gozoso,
Y golpeando en seguida con los puños
Su dilatado pecho, cual Gorila
Que al cazador descubre en el instante

En que éste con cautela en la espesura
Le asesta el arma para darle muerte,
Te engañas, dijo, oh Maura, cuando piensas
Que en este grande corazón el miedo
Hallar puede cabida: tus consejos
Serán mi ley, mi única, ley lo juro,
Y si he de quebrantar mi juramento,
Un rayo caiga y me reduzca á polvo.
Y el monstruo para quien la fe jurada
El cumplir lo pactado, el serio empeño,
De su palabra, baratijas fueron
Conque se entretenía, como un niño
En hacer con el soplo lindas pompas,
Que ostentan sus colores transparentes,
Y una tras otra luego se convierten
A la vista de todos en nonada;
Ese monstruo dechado de perfidia,
Al tratarse de acciones reprobadas,
Fiel observó su infame juramento.
Fué su gobernación para la patria,
Atroz calamidad: la hedionda crápula,
La torpe impudicia, el robo artero
La indolente molicie, el sacrilegio,
La estúpida soberbia y cuanto llama,
La ley delito, ó la moral pecado,
Rienda suelta tuvieron; roto el dique
De la austera piedad todos los vicios
Con sus fétidas aguas inundaron
Las chozas y palacios; perseguida



Con ardor la virtud hija del Cielo,
Huyó llorosa y remplazole el crimen.

El infame traidor, no satisfecho
Con verte, oh cara patria, entre cadenas,
Quiso que el extragero, en tu garganta,
Puesto el inmundo pié, con encendido
Hierro imprimiese en tu radiosa frente
Honda y eterna marca de ignominia.
La santa Religión cubriose el rostro
Al ver á sus unguidos sacerdotes
Por el veneno ó el pesar á plomo
Exánimes caer en el santuario,
O bien seguir, rodeados de verdugos,
Camino del destierro, atrás dejando,
A la grey del Señor, por él bendita,
En desamparo cruel, huérfana y sola.
Y el monótono son de la cadena,
Y el chasquido del látigo aterrante,
Y los ayes del pueblo torturado,
Oh Maura, á tus oídos notas eran,
De célica armonía y aun deseabas,
A la patria infeliz otros tormentos,
Y para tí con ansia otros placeres,
Más dinero, más lujo, y que el rebelde,
Más altivo y feroz con ella fuera,
Y contigo más tierno, humilde y dócil.
Pasose al fin, amargo y perezoso,
El tiempo concedido al vil tirano,

Para ejercer el usurpado imperio;
Pero él de nuevo alzose con el mando,
Y de nuevo también con otra serie
De ultrajes á la ley y á la conciencia,
De sucias raterías y salteos,
De inicuos actos de opresión sangrienta,
A la patria affigió; y así cumplido,
Fué del álfa á la omega tu programa.

Estos los bienes son, este el progreso,
Y tal la LIBERTAD y BIENANDANZA
Que la patria te debe; ella en su seno
Incauta te abrigó cuando aterida
Por el soplo glacial del infortunio,
Hambrienta y gembunda te arrastrabas
En medio á los guijarros de la iuopia.
Y en recompensa tú con ciega furia,
Vívora ponzoñosa, los colmillos,
En ese mismo generoso pecho
Que la vida te dió, pérvida hundiste,
Y el pueblo de sufrir al fin cansado,
Convertido en león, saltò á la arena,
Y en imponente reto con rugidos,
Que en los montes y valles resonando,
Como truenos que anuncian la tormenta,
Del nuevo Verres, de inquietud y susto
El corazón lleno, y á sus soldados,
Que, cual perros rabiosos esparcidos,
Por las breñas y riscos de los Andes,

Y las ardientes playas del oceano,
Llevaban por doquier terror y muerte,
Intrépido arrolló, sin otras armas
Que su fé en la justicia de su causa,
Que su amor patrio y su denuedo heroico.
En vano del cañón el ronco estruendo,
Por valles y collados se dilata;
Zumban las balas, brillan los aceros,
Y en infernal aterrador ruido,
Rauda el aire rasgando en densa lluvia
Desciende sobre el Pueblo la metralla.
Y en vano tú también en tu demencia,
Erizado el cabello, las pupilas,
Como las de la hiena, rutilantes,
Pálido al rostro, torva la mirada,
Temblosos los labios y teñidos,
De sanguinosa espuma, á los soldados,
Con aullidos histéricos exortas,
A no retroceder en la pelea,
A vencer ó morir por el rebelde,
Que tanto los mimaba, á quien debían
Su vida regalada y las beodeces,
Los torpes amoríos y saqueos
A que ellos sin estorbo se entregaban,
Como si hubieran sido á Baco y Venus,
Mas bien que al fiero Marte consagrados.
; Inútiles esfuerzos ! ; Quién resiste
A un pueblo generoso, decidido,
A ser libre ó morir en la palestra ?

Con paso firme y ánimo sereno,
Sigue adelante el pueblo, despreciando
El grave estrago que en sus filas hacen
Las continuas descargas pavorosas,
Sembrando de cadáveres el suelo.
Y al ver tanta bravura, tanto brío
Las enemigas huestes espantadas,
Cíen en remolino, al fin se rompen,
Y en confuso tropel danse á la fuga.
Y el vencedor de lauro coronado,
Al viento desplegada su bandera,
Clávala con denuedo en los baluartes
Do flotaban poco antes ominosos,
Los pendones sangrientos que exterminio,
Barbarie, esclavitud representaban.

Así el tirano desde la alta cumbre
De su poder sultánico, humillante,
Derrocado con ímpetu tremendo
Por la mano de Dios, cayó al abismo,
Y así el mando dejó, mas no sus vicios;
Que allá en lejana tierra los tesoros,
Al Pueblo con violencia arrebatados,
Al rodar del tahir en la carpeta
El dado corruptor, vanse tornando,
En el humo asfijante á la codicia,
Como incienso sacrílego, ofrecidos,
Por la Embriaguez y la Blasfemia impía.
Y en tu cerviz también estalló el rayo,

Que vibró airada la divina diestra
Contra el rebelde Ignaro, y aturdida,
Como una pobre loca. delirando,
Pulsaste temblorosa de tin convento,
La solitaria puerta, y obtuviste
De los sabios y humildes religiosos
Que en él viven en paz, seguro asilo;
Mas al dejar la selda en que atendida
Por ellos fuiste con sin par anhelo,
Sus beneficios pérvida pagaste
Con atroces dieterios y calumnias;
Y hoy allá lejos, en tus patrios lares,
En vela pasas las oscuras noches
En zambras y jaleos bulliciosos,
De verdes viejos y maduros mozos
Con empeño asistida y cortejada.
Diadema de topacios y zafiros
Con nítido fulgor brilla en tus sienes,
Y de tu cuello penden blancas perlas,
Y encendidos rubíes que á los ojos
De los que fueron, por desdicha suya,
Testigos de tus hechos, simbolizan,
Las lágrimas y sangre derramadas
Por el pueblo en su triste cautiverio.
Y cuando el alba en el oriente asoma,
De suaves arreboles circundada,
Tú, soñolienta, el rostro descompuesto,
Los ojos en sus órbitas perdidos,
El tocado revuelto, en largas hebras,

Sobre la faz caído con desgreño,
Y ténue luz en la blanqueada mano
Con languidez apenas sosteniendo,
En busca de tu lecho, no muy limpio,
Vas presurosa, en pos de tí dejando,
Las huellas de la zambra con girones,
De encajes, flores, tul y sedería,
Y horquillas y alfileres señaladas;
En él al fin te acuestas y rendida,
Mientras alumbra el sol duermes y roncas.
Y sueñas que este pueblo que ultrajaste
Ha sido, es y será tu enamorado,
Y por tí gime y llora sin consuelo;
Que los nobles caudillos que, abnegados
Despreciando el peligro, le guiaron
A gloriosa victoria en los combates,
Al presentarte tu retrocedían
De susto y de pavor sobrecogidos,
O de hinojos temblando te adoraban;
Que no eres tú la loba que impaciente
Y hambrienta embiste á quien pretende activo
Arrancar de sus fauces sanguinosas
Al débil corderrillo arrebatado
Por ella del redil en noche lóbrega;
Sino mas bien la virgen valerosa
La heroína de Orleans que en cien batallas
Al leopardo de Albión venció impertérrita,
Luchando como buena por su patria,

Y sueñas de igual modo que los Jefes
Que, en mala hora extraviados, defendieron
Con valor al infame Sibarita,
Azote de los pueblos inocentes,
Traicionáronle al fin con felonía,
Dándose codiciosos al barato,
O cobardes rindiéndose al vil miedo.

Asi la vanidad en tu paraiso,
Do crecía florido y oloroso
De la virtud el arbol, la serpiente
Ha sido que maligna y tentadora
Te ha hecho comer el engañoso fruto
Del vicio halagador, fruto maldito
Que emponzoñando al hombre le conduce
Por la senda del crimen á la infamia,
Y al fin á la miseria, á la locura
O á una muerte precoz, si no se acude
Al saludable y eficaz antídoto
Del veneno que encierra. ¿Saber quieres
Cual sea ese remedio? escucha atenta:
Es el amargo y portentoso jugo
Del arrepentimiento humilde y santo
Que al hombre regenera y reconcilia
Con el Cielo ofendido y le enaltece.
Gústalo, Maura, al punto y tornaraste.
Otra vez en el ángel que antes eras.
Mas ¡ay de tí! si en torpe behetría
Empecinada sigues tributando?

Culto y adoración á la calumnia
Y rendido homenaje á tus pasiones;
Que entonces desde lo alto el Ser Eterno
Con voz tonante te dirá irritado:
Por tus hechos muger, MALDITA SEAS.

Janius.

Ibarra 10 de Enero de 1891.